

Recientemente han fallecido dos personas pertenecientes al quehacer filosófico de nuestro país. Se trata de Francisco Soler G. y de Pedro Rafael Gandolfo B.

Francisco Soler Grima nació en Garrucha, provincia de Almería, España, el 1º de mayo de 1924. Se licenció en Filosofía en la Universidad de Madrid. Colaboró en el Instituto de Humanidades fundado por José Ortega y Gasset y Julián Marías. Fue profesor en la Universidad Nacional de Colombia, en la Universidad de Concepción, en la Universidad de Chile y en la Universidad de Valparaíso. Miembro del comité editorial de la *Revista de Filosofía*, publicó en ella varias traducciones de textos de Heidegger: “La pregunta por la Técnica” (Vol. v, N° 1, 1958); “El Habla” (Vol. VIII, N° 2-3, 1961); “Alétheia” (Vol. IX, N° 1-2, 1962). Diversas publicaciones periódicas recogieron su aporte: en Madrid, la *Revista de Psicología General y Aplicada*, *La Hora*, *Arbor* y *Cuadernos Hispanoamericanos*; en Bogotá, *Mito*, *Nuevo Extremo* y *Eco*; en Santiago, además de la *Revista de Filosofía*, *Anales de la Universidad de Chile*, *Mapocho* y *Teoría*. En 1963 apareció su traducción del *Aristóteles* de W. Bröcker (Ediciones de la U. de Chile, Santiago). Su principal obra, que ha quedado inconclusa, se editó en 1965: *Hacia Ortega*. 1. *El mito del origen del hombre* (Ediciones de la Facultad de Filosofía y Educación de la U. de Chile, Stgo.).

Pedro Rafael Gandolfo Barón, S.S.CC., nació en 1912. Fue profesor de la Universidad de Chile, de la Universidad Católica de Chile y de la Universidad Católica de Valparaíso, donde desempeñó el cargo de Director del Instituto de Filosofía desde 1964 hasta 1971. Colaboró en diversas publicaciones periódicas como *Estudios*, *Finis Terrae*, *Dilemas*, *Revista del Pacífico*, *Philosophica* y *Revista de Filosofía* (“La visión religiosa de Goethe”, Vol. 1, N° 2, 1949; “Lo religioso en la filosofía existencial”, Vol. IV, N° 1, 1957). Su interés por los pensamientos de Aristóteles, Santo Tomás, Nietzsche y Heidegger se manifestó a través de numerosos ensayos; entre ellos, “Aclaraciones sobre la teoría aristotélica de la substancia”, “La idea de teología en Santo Tomás de Aquino”, “La aventura de Federico Nietzsche” y “Heidegger, pensador político”. El año 1975 recibió la investidura de Doctor en Filosofía Honoris Causa en la Universidad Católica de Valparaíso. Su voluminosa obra inédita saldrá a luz próximamente.

La *Revista de Filosofía* ha querido testimoniar su homenaje a estas dos figuras del pensamiento en Chile. Para hacerlo, ha creído adecuado mostrar su presencia viva a través de dos textos pertenecientes a la producción filosófica de ambos.

CULTURA, NATURALEZA E HISTORIA

Rafael Gandolfo

RE Lo mismo que en la vida de un hombre así en la vida de un pueblo suele haber épocas auroras anunciadoras de luz, épocas de esplendor mediodía y épocas crepusculares no exentas de belleza. Pero pueden darse también en ese pueblo épocas brumosas, grises y soñolientas donde los hombres no hacen más que prolongar oscuramente una vida sin horizonte que se abra “ni a lo finito, ni a lo infinito”. Son esos los aspectos que se reflejan en lo que llamamos cultura de un pueblo.

Desdichadamente la palabra cultura es de aquellas cuyo sentido puede achicarse, minimizarse hasta el extremo de expresar algo subalterno o incluso insignificante. Consideremos en efecto lo que ella significa, habitualmente, en el espíritu del hombre contemporáneo, habitante de nuestras ciudades populosas. Para ese hombre cultura designa un estado de la existencia social caracterizado primeramente por la prosperidad, esto es por la abundancia de bienes materiales susceptibles de complacer todos los antojos de nuestra cambiadiza humanidad. Obviamente esa sola abundancia no bastaría para designar a la cultura, si no se conjugara con la seguridad vital, con la práctica de una cierta higiene y con el ejercicio de los buenos modales. Prosperidad, seguridad de vivir, higiene y buena educación, esta suma aparece cada vez más en la mente del hombre de hoy como la acabada expresión de la cultura en tanto estado deseable para una sociedad.

Nos asombraría entonces, si es que formamos parte de los seres que se asombran, descubrir que los pueblos más creadores de la historia, los que han entregado a la posteridad las obras más imperecederas, más ricas y fecundadoras, fueron pueblos relativamente pobres. Grecia, Roma, el Gran Medioevo, el Renacimiento carecieron en absoluto de esa abundancia de bienes de que disfrutamos nosotros. Las más grandes obras de la razón humana, los más excelso monumentos de la poesía y del arte se gestaron en ciudades sin electricidad, sin agua potable, sin desagüe ni electrónica y las más portentosas ideas alumbraron en cuartuchos oscuros sin calefacción, ni ventilación y más aún, nos asombraría tener que admitir que con esa suma de prosperidad, más seguridad, más higiene, más buenos modales, podemos

constituir una masa de seres humanos incapaces de testimoniar por nuestras obras de la grandeza, del honor y de la gloria del hombre. Poner a la vista este hecho histórico no es insinuar un menosprecio por la prosperidad y los bienes que se le adjuntan ni sugerir una desvalorización de la tecnología en que ella se sustenta. Ni siquiera pretende decir que podamos prescindir de esa prosperidad y del aparato científico-técnico en que se sostiene, sino tan sólo quisiera situar la una y el otro en el lugar que le corresponde. Este lugar ha sido y será siempre un lugar subalterno, todo lo honroso y admirable que se quiera, pero subalterno. Porque la cultura de un hombre o de una comunidad no consiste fundamentalmente en las actividades productivas que se ordenan a satisfacer deseos o necesidades, no importa la calidad o la cantidad en que estos se dan. Las actividades que hacen cultura no son aquellas que sirven para colmar los vacíos que experimenta a cada paso nuestra vida sensible, no son aquellas que pretenden aplacar tristeza, nostalgias o apetitos, porque son aquellas que hacen al hombre habitar un lugar de la tierra. Habitar es algo más que vivir y que sólo al hombre le está confiado. Las aves viven en el aire, los peces en el agua y las fieras en la selva, pero sólo el hombre puede construir un lugar, esto es, un medio dentro del cual las cosas de la naturaleza lo mismo que las obras de ingenio humano se vuelvan para él en líneas directrices hacia una dimensión o espacio de libre vuelo y de definitivo reposo. Aunque parezca extraño y probablemente monstruoso, las producciones del hombre son capaces de generar un movimiento, una circulación a su alrededor que impelen al hombre a ir de un lado a otro, tirado constantemente por fuerzas cuyos resultados no puede prever, algo así como un muñeco manejado por hilos invisibles y que no se detuviera jamás. Pues bien, un pueblo que demostrara una enorme capacidad científica, tecnológica e industrializadora, pero que no se dejara conmovir por ninguna visión poética de la realidad, ni guiar por ninguna concepción filosófica o religiosa de la totalidad, sería un pueblo incapaz de habitar la tierra y asignarle al hombre su rango en el universo.

Cultura, pues, es un nombre que encierra una multiplicidad de obras o producciones del espíritu: se trata de obras desde luego duraderas, que sobreviven a los actos que las producen, además de obras tan diversas por sus contenidos y sus figuras, que desafían a toda tentativa de clasificación. Códigos de leyes, máquinas, poemas, canciones, ciencias, ritos, manuales prácticos, concepciones filosóficas, todo eso integra el acervo cultural de un pueblo y todo eso no sólo está allí, inerte frente al hombre de ese pueblo, sino que actúa sobre él transformándolo en algo nuevo que las fuerzas de la naturaleza jamás podrían engendrar, a saber, el hombre real concreto, con

su sensibilidad, sus gustos, sus repulsiones y su capacidad de acción sobre el medio que lo envuelve y sobre sí mismo.

Esta propiedad reactiva de la cultura sobre el sujeto y a cuyo círculo pertenece, tiene una singular relevancia sobre el tema propuesto hoy en nuestro estudio y meditación. Y es que el hombre nace dos veces; la primera nace de la naturaleza a través del seno materno; la segunda nace de ese poderoso e irresistible caudal de imágenes, símbolos, creencias e ideas que se imprimen en su alma y genera en ella presentimientos, aspiraciones, decisiones y voluntades hacia metas determinadas. Y es este segundo nacimiento el que hace imposible que nuestra primera mirada al mundo que nos rodea sea una mirada virginal, un encuentro directo con las cosas y las personas. Necesariamente empezamos a pensar con pensamientos que han sido de otros y que el lenguaje nos transmite, empezamos a ver la realidad próxima o lejana con una visión que nos han traspasado otros, y aun nuestras primeras inclinaciones positivas o negativas, nuestras primeras simpatías y antipatías han sido imprimidas por otros sin que nos diéramos cuenta. Es así como se constituyen en cada uno de nosotros los órganos primigenios de conocimiento y de acción y es así como se genera en cada cual su sensibilidad a los valores y bienes.

Algo trascendental sin embargo ocurre en este proceso, esto es, en este segundo nacimiento de nuestra humanidad. Considerado en su punto de partida ese nacimiento puede ser definido como una asimilación, generalmente poco o nada consciente, de contenidos ya preparados y puestos a nuestra disposición por el medio social en que nos toca existir. Regularmente esa primera asimilación produce una comprensión borrosa de lo asimilado, deficiente e incapaz de movilizar el dinamismo de la razón. Conceptos, teorías, símbolos, modelos de fabricación o técnicas, son captados por la mente humana y talvez aplicados aquí y allá al conocimiento de los hechos o a la producción en serie de artefactos o de resultados cualesquiera, pero no despiertan ningún ansia de amplificar el área de lo conocido y recorrer el secreto que yace detrás de los fenómenos, como tampoco suscitan ninguna voluntad de transformar los métodos de fabricación, o de alcanzar otras metas más allá de las ya logradas. Puede incluso decirse que el espíritu del hombre tiende con demasiada frecuencia a reposar sobre resultados ganados mediante el esfuerzo de las generaciones pasadas y a disfrutar de un mundo a cuya existencia no ha contribuido.

No siempre, sin embargo, sucede así, y este es el hecho trascendental al que apuntábamos antes. Hay hombres en quienes la inteligencia se deja sacudir por ese elemento de la realidad que siempre la rodea a modo de un halo o de un nimbo y que jamás se pone de manifiesto como un hecho visible

y tangible. Esa inteligencia presente que detrás o al lado de lo conocido se extiende algo desconocido, pero que no es otra cosa sino la prolongación de lo mismo. O bien descubre que junto a lo ya inventado por la razón en respuesta a las exigencias o apetitos de la vida, hay otras invenciones posibles que pueden satisfacer mejor aún esos apetitos y los otros que se van suscitando. Hay hombres, que a diferencia de los demás, se plantean problemas nuevos en términos tales que hacen posible una respuesta. Es la mirada del espíritu que apunta a algo desconocido pero que sabe o vislumbra el lugar donde hay que buscarlo. El mismo resultado ya logrado, así por vía de ejemplo, la misma ley científica ya establecida puede serlo por otros caminos más rigurosos o más ciertos. O bien nuevos sectores de la realidad son avistados; así el mundo de lo infinitesimal en la física moderna o en la bioquímica, con sus propios interrogantes y sus propias exigencias de respuesta. Pero no es sólo en orden al conocimiento de las cosas donde se manifiesta esta posibilidad de la razón humana, de hacer retroceder sus límites iniciales y de aventurarse en territorios inéditos amplificando de un modo imprevisible el área de lo conocible. También en ese otro orden de la inventiva fabricadora o poetizadora ocurre en tal o cual ejemplar de la especie humana la irrupción de un procedimiento nuevo para obtener de un modo más simple y eficaz lo que antes se obtenía por vías más penosas o inseguras. O sucede en un nivel más alto el descubrimiento de un medio capaz de cumplir aspiraciones hasta ese instante consideradas como fantásticas. Así muchos han soñado volar, esto es, usar al aire mismo como elemento para vencer la pesantez y avanzar libremente sobre la superficie de la tierra, pero sólo un hombre hace ver que ese sueño es una auténtica posibilidad, ese hombre del Renacimiento que se llamó Leonardo da Vinci. Lo mismo acontece en el nivel más alto a que pueda alzarse la razón. Ese nivel es aquel en el que el espíritu quiere abrazar la totalidad de lo real y penetrar en ella la ligadura más fuerte que la une, la ensambla y la sostiene. Tal es el nivel en que se cumple la pregunta por el fundamento absoluto del mundo, la pregunta que ha de perseguir obsesivamente a la inteligencia del pensador aunque la esperanza de una respuesta plena se aleje interminablemente. A ese mismo nivel se alza la mente del más poderoso creador en el dominio del arte, pues lo que él en el fondo persigue no es la simple combinación de elementos sensibles capaces de suscitar sensaciones detectables al oído o la vista, sino otra cosa, más difícil y en cierto modo sobrecogedora, cual es la de dejar pasar el rayo de una cierta plenitud, de una cierta sobreabundancia de ser a través de su obra hecha de materia pura y simple; luz y color, volumen, sonido o movimiento. Pero aquí también, sea en el campo de la concepción filosófica, sea en el del más atrevido designio creador, el espíritu del hombre,

si bien colmado de tanta riqueza acumulada por la historia, parece no contentarse jamás con la posesión de esa riqueza sino que, vuelto sobre ella y nutriéndose de su sustancia, se siente necesitado de buscar otra cosa, como si lo conquistado como verdad o realizado como belleza hubiese a la vez ocultado y oscurecido algo cuyo esclarecimiento a él le incumbiera en el presente en que vive. Así se teje la vida del pensamiento humano como una inquietud sin descanso posible, a la vez asombrado y descontento de su propia obra.

Es en esta perspectiva en la que hay que ubicarse para un planteamiento fecundo del tema elegido: la relación entre cultura e imitación. En efecto, no es posible aclarar esa vinculación si no volvemos nuestra reflexión al problema de la asimilación del fondo cultural por el individuo en su presente histórico. Penetrar en ese proceso tal como ocurre en cada uno, tener a la vista la enorme diversidad de casos según la forma cultural asimilable, comprender al mismo tiempo la muy distinta relevancia que puede alcanzar ese proceso para la vida de una cultura, son tareas que encubren enormes dificultades. Por eso quisiera limitarme a algunas observaciones sobre este tema que pudieran acaso arrojar alguna luz sobre las cuestiones que habrán de suscitarse al tratar las formas de cultura en particular.

Me he referido anteriormente a la variedad inabarcable de las producciones que el espíritu va entregando a las generaciones posteriores. Pensadores ilustres como Dilthey y Hegel, historiadores de la más alta jerarquía como Burckhard y Spengler se han sentido sumergidos por este enorme caudal de creaciones ya visible en el círculo de cualquier gran cultura nacional. Lo que nos asombra, desorienta y marea no es tan sólo la diversidad cualitativa de las formas de la cultura, sino otros dos aspectos fáciles de destacar. El primero es la muy diversa valiosidad de lo que acarrea una cultura y se nos ofrece a nuestro esfuerzo asimilador. No guardan dentro de sí mismas la misma energía fecundadora, la misma pujanza germinativa, las modas en el vestido o en el amueblamiento, las ideologías políticas o pseudo religiosas, que las teorías científicas, las interpretaciones más elaboradas de los fenómenos naturales o sociales o que los grandes estilos arquitectónicos o musicales. Hay expresiones de la cultura de muy pobre contenido y otras que debajo de pretensiones arrogantes de explicarlo todo o de poseer la clave, digamos la receta de las más sublimes transformaciones sociales, disimulan su incoherencia lógica y su vacío de verdad. Una combinada orquestación publicitaria y una trabajada apariencia de científicidad o de moralidad pueden hacer aparecer a tal utopía política como portentoso engendro del genio humano y de esta manera captar el asentimiento de muchedumbres. El otro aspecto es el hecho de que las producciones del espíritu nos llegan de hecho en un

grado muy desigual de elaboración. Los estilos artísticos, los modelos de fabricación lo mismo que las interpretaciones teóricas de los fenómenos, salen a nuestro encuentro; los unos acabados con toda su potencia a la vista, los otros a modo de esbozos o proyectos incipientes.

Frente a esta inabarcable variedad de producciones culturales es fácil constatar la necesidad y la dificultad de una selección. Esta necesidad y dificultad se hacen más agudas para los que de algún modo la naturaleza ha colocado en los puntos de avanzada de una cultura. Me refiero a los investigadores en el sentido más amplio de este término, a los indagadores en el horizonte del espíritu, del círculo de las posibilidades que misteriosamente abre cada momento de la vida y cada época de la historia. Ellos son como los centinelas encargados de avistar lo que una humanidad situada en tal punto del tiempo reclama para aproximarse a la cima de su posibilidad y de este modo alcanzar su medida. Para ellos de lo que se trata no es simplemente de disfrutar de la obra ya cumplida y descansar en ella sino discernir en la masa de lo advenido que ha tomado forma, las líneas de fuerza, el aliento y la dirección de una verdad y de una belleza todavía intocada, en fin, la idea, el modelo, el llamamiento que remueve nuestro fondo y lo vivifica.

Cabe preguntarse de qué depende el acierto en esta selección en el material que nos entrega la cultura ya hecha. Para algunas actividades culturales el paso fundamental consistirá simplemente en el hecho de colocarse el investigador en el lugar que le es propio, y ello significará especializarse, limitar el campo de su visión y dirigirlo hacia aquello que le ha propuesto como objetivo posible. En efecto, hay campos de investigación como lo son los de la ciencia positiva o la tecnología en que los objetivos están ya en cierto modo dados, sea por los desarrollos anteriores, sea por las necesidades de conservación o de progreso que experimenta el individuo o la sociedad. Y lo que ocurre con los objetivos ocurre paralelamente con los medios a poner en juego en la realización de los mismos. Para el científico de hoy, para el tecnólogo, para el físico, el biólogo o el economista, el campo de elección de objetivos y medios se delimita por sí solo y se estrecha, pues los problemas a resolver están delante de los ojos, como que son esbozados por la realidad histórico-cultural en que esos investigadores viven. Pero hay otras formas de la cultura, pensamos en el vasto dominio de la creación poética o de la búsqueda filosófica, en que jamás los problemas están tan claramente delimitados y enumerados como en la ciencia experimental o la técnica, pero sobre todo en que los caminos para responder a ellos jamás se diseñan demarcados con nitidez a la visión del entendimiento.

La primera dificultad, pues, para una recta contribución al despliegue de

una actividad cultural radica en la necesidad de un discernimiento en que la aptitud personal debe adecuarse con las vías ya abiertas por obra de otros espíritus. Sin embargo, la necesidad de este discernimiento no aclara la dificultad más grave con que tropieza de hecho la investigación. Esta dificultad estriba más bien en la resistencia de la mente para retroceder a los orígenes de toda creación y descubrimiento y es inherente a la más peligrosa tendencia de nuestro espíritu, cual es el de la pereza, esa especie de entropía mental o, con un término más simple, tendencia al menor esfuerzo. Una tendencia así no sería tan poderosa, no triunfaría tan fácilmente de la voluntad de ser si no arraigara en una necesidad, cual es la necesidad de existir repitiendo incesantemente lo que desde un comienzo nos brinda la naturaleza y luego, en el plano de la vida humana, lo que entrega la cultura. Existir humanamente es repetir los gestos, las actitudes y comportamientos de otros humanos, de aquellos que constituyen nuestro medio. Esta necesidad de repetición vale igualmente para la vida de la razón tal como se expresa en la investigación de la verdad teórica o en los procesos de la creación poética o técnica. Para avanzar en esas líneas debemos como primer paso apropiarnos de estructuras mentales sin las cuales seríamos incapaces de emitir el juicio más elemental con pretensiones de verdad. Así, el uso que hacemos del pensamiento lógico es en el fondo una repetición de estructuras insertas en la naturaleza de la razón. Pero tan esencial como repetir esas estructuras congénitas a nuestra mente resulta mostrarnos capaces de apropiarnos de otras que no están insertas en la constitución de nuestro espíritu y que debemos acoger de la tradición pensante vigente en nuestro ámbito.

Sin embargo, jamás esa necesidad de repetir conformándonos a estructuras mentales ya hechas nos fuerza a lo que podría llamarse la repetición pura. Podemos ciertamente recaer en la reproducción sin variaciones de esquemas prefabricadas, podemos limitarnos a aplicarlos mecánicamente, sea para enjuiciar la realidad, sea para ordenarla y manipularla, pero no estamos forzados a ello. Se diría, al contrario, que allí donde nuestra razón toma conciencia de sí misma, en ese mismo instante se siente irresistiblemente movida a modificar los esquemas establecidos, y si ello no le es posible, abordar un dominio en que esos esquemas no tengan validez alguna.

Es ése el momento en que a la inteligencia no le basta que un modelo de explicación teórica o un modelo de fabricación se haya mostrado útil y practicable en sus aplicaciones, sino que querrá descubrir en ese modelo la razón de su eficacia y, a la vez, de sus limitaciones. Tratará consecuentemente de extraer de ese modelo el secreto de su fuerza iluminadora u operadora y querrá mostrarlo como modalidad particular de un modelo más

universal. Quizás quiera ir más allá todavía e indagar el motivo que lleva a la inteligencia a avanzar en una línea determinada entre otras posibles, esto es, el motivo que la impele a proponerse tales o cuales objetivos en vez de otros y de escoger tales o cuales vías en vez de otras, en la consecuencia de los mismos. No es de ningún modo grato adentrarse en esta profundidad donde nada hay que asegure el éxito de nuestra incursión y donde nada aparece como inmediatamente utilizable, y por eso es poco probable que muchos se aventuren en esta búsqueda que es la del origen de nuestras formas de pensamiento y de la orientación que de hecho toman. Y sin embargo sólo esa búsqueda llevaría a descubrir un espacio de libertad capaz de desatar las ligaduras de nuestros hábitos mentales y de romper la estrechez de nuestra visión. Sólo en la medida en que el espíritu se hace capaz de alzarse a ese punto encuentra en sí mismo una libertad de movimiento frente a todas las metas propuestas de antemano y frente a todos los caminos ya trazados. Esta libertad de movimiento no es otra cosa sino la eterna e indestructible trascendencia del espíritu humano sobre su propia obra, ese su eterno e indetenible estar más allá de sí mismo dejando atrás sus propias creaciones, avizorando constantemente otras que jamás podrá realizar él mismo sino otros distantes de él en el espacio y en el tiempo. Al describir en estos términos la dificultad que experimenta el hombre en reactualizar en sí mismo su capacidad de innovación sobre la base misma de su necesidad de repetición, lo que hemos tenido a la vista son las mentes fundamentalmente investigadoras, son los hombres de ciencia, los pensadores, los artistas conscientes de su arte, los tecnólogos de más alto nivel. En fin, son los hombres hechos para presentir, cada uno en su dominio, ese margen de realidad que se adelanta a la vez próximo y brumoso en el problema que es por primera vez planteado o en la tarea que es por vez primera abordada.

Ese hombre es aquel que recoge la intención más secreta que se oculta en la necesidad de repetición y por eso, lejos de asustarlo o incomodarlo la asimilación de la obra puesta ante sus ojos, ella lo incita y se le convierte en tarea ineludible. Ninguno como los más grandes innovadores se ha vuelto hacia el pasado para escudriñarlo y desentrañarlo, ninguno tampoco ha aprendido mejor de los maestros, a veces anónimos, que los han precedido. Cabe decir que la tendencia a innovar en la actividad cultural es tan originaria como la contraria, a repetir. Ello se refleja en el plano de la publicidad, en el tipo humano tan abundante en nuestra época, el tipo del snob, el hombre permanentemente devorado por la urgencia de estar al día y de no aparecer pasado de moda, el hombre atento a las modas intelectuales. También el snob siente la necesidad de innovar, de no repetirse a sí mismo, pero la proyecta a la exterioridad de su existencia, al reflejo social de la misma, y así

consigue un cierto resultado positivo, a saber, ocultarse la monótona repetición de sí mismo, la repetición de sus pequeños vicios y sus pequeñas virtudes, esto es, de la vulgaridad de su existencia.

II. Hemos sido invitados a una tarea, poco común sin duda, por el decreto de alguna divinidad invisible, a un examen de la actividad cultural de nuestro pueblo. Detrás de esta invitación subyace la esperanza de medir nuestra situación cultural en casi todos los grandes sectores de la cultura y luego, de proponer un cierto pronóstico. Es dudoso, sin embargo, que lleguemos a algo más que conjeturas. El obstáculo en este caso, tratándose de este pueblo de Chile, no proviene ciertamente del inmenso patrimonio de obras de alta jerarquía, sino más bien de su ausencia. En vez de obras acabadas, monumentos de perfección clásica o realizaciones marcadas por algún sello original, es presumible que hallemos tan sólo gérmenes, esbozos, fragmentos o bien, imitaciones ligeramente modificadas, y no para mejor, de producciones clásicas elevadas al rango de modelos. Sin embargo, sería injusto y poco veraz juzgar el panorama chileno de su cultura a través de ciertas actividades culturales y sobre todo, medirlo con un padrón extranjero. En efecto, Chile es una nación de historia breve, pero que ha logrado configurar un cierto tipo humano peculiar caracterizado no sólo por rasgos biológicos o psicológicos, sino más bien por esa disposición del alma que los griegos llamaron "Ethos". Esa disposición presente en los miembros de la comunidad nacional ha fructificado a través de la historia en el ejercicio de virtudes eminentes, a saber: virtudes políticas, domésticas y militares que lo hacen sobresalir entre las naciones iberoamericanas. El rol de esas virtudes ha sido de incalculable importancia en la constitución de nuestro ser nacional, pues ha dado origen a la fundación de un Estado fuerte, de una familia sólidamente ligada y de una protección segura frente al enemigo de fuera y de dentro. El ejercicio de esas virtudes hace posible el mantenimiento de un tipo humano y de un medio social sobre el cual pueden florecer las expresiones más altas de la cultura. Este es el lado positivo de nuestra historia. Sería, sin embargo, insensato desconocer el lado negativo, esto es, nuestra falta de pujanza espiritual para preparar el advenimiento de obras creadoras cargadas de ejemplaridad en los dominios del arte, del pensamiento puro, de la investigación científica y la invención tecnológica. Dos signos entre otros hacen ostensible esta deficiencia del alma nacional. El primero es la ausencia a través de la historia de un órgano selectivo capaz de discriminar en las normas culturales extranjeras lo rico en sustancia y virtualidad de lo vacío e insustancial; hoy como ayer y hoy más que ayer, nos dejamos subyugar por doctrinas sin conceptos iluminadores, abundantes en soluciones verbales y sobre todo angostadoras del panorama de la realidad. Ayer nuestros abuelos

ilustrados se dejaron influir por un romanticismo de arrebatos sentimentales, el de Werther o Jorge Sand, pero no por aquel otro que rezuma el Fausto de la epopeya. Luego, más cerca, en los inicios de este siglo un cierto positivismo proliferó en las cabezas de mentores políticos, juristas y educadores. Todavía más cerca de nuestros días la forma más burda, y más chata, del llamado materialismo histórico conquistó el espíritu de no pocos intelectuales, artistas, maestros y dirigentes políticos. El otro signo de nuestra indigencia cultural es la poca perduración de los impulsos culturales en las raras épocas que han prosperado. Más que desarrollo cultural se ha dado en este pueblo de Chile lo que la voz autorizada del historiador Mario Góngora denomina oleadas de entusiasmo, pasadas las cuales las semillas no prenden en el suelo del espíritu y terminan por morir. El soplo del espíritu, venga de donde venga, ha sido entre nosotros un fenómeno pasajero y casi sin porvenir. Sin embargo, algo ha ocurrido en este país entre los años veinte y cincuenta de este siglo y cuya resonancia en los diversos sectores de la cultura sólo podrá ser apreciada con el tiempo, cuando la atención de los estudiosos se vuelva hacia esa época. Lo ocurrido en esas décadas es un acontecimiento sin precedente en la historia de nuestra cultura. En efecto, son esos los años en que penetran en nuestro ámbito corrientes espirituales, interpretaciones científicas, estilos artísticos, en fin, ideas cargadas de vitalidad y preñadas de consecuencias. Es el tiempo en que el chileno ilustrado oye hablar, se interesa y apasiona por los más grandes exponentes del pensamiento europeo. Los nombres de Proust, Rilke y de Tomás Mann, empiezan a circular en nuestro aire; la nueva arquitectura entra con Le Corbusier; los estilos de la pintura y la plástica más avanzada, la del cubismo y surrealismo, encuentran amplia acogida en nuestro medio; y no sólo eso, pues las más osadas y herméticas teorías científicas son temas de discusiones, trabajos y conferencias que desbordan el círculo de los especialistas, como ocurre con la teoría de la relatividad de Einstein. Son también los años en que los pensadores de más relieve en la historiografía y la filosofía europea son acogidos, estudiados y debatidos por inteligencias juveniles perspicaces, ansiosas. Son los años en que nos llegan desde fuera las formas de pensar acuñadas por nombres como Spengler, Dilthey, Bergson, Husserl y Scheler, y al final de esas décadas la de Heidegger. Se diría que en esa época el espíritu del chileno ilustrado demuestra a la par una enorme vivacidad espiritual y una capacidad de selección en la extraordinaria profusión de producciones que le ofrece la cultura europea. Por primera vez prueba que sabe escoger y escoge bien, como si le hubiesen nacido nuevos órganos de captación, nuevos sentidos más sensibles que los de antes. Definitivamente el horizonte intelectual del chileno deja de ser provinciano y entra en la circulación de los más

trascendentales movimientos que han agitado el alma de Occidente en los dos últimos siglos.

Sin lugar a dudas, desde esas décadas hasta hoy mucho se ha perdido de la finura espiritual y del entusiasmo que las caracterizó. Pero el horizonte abierto por la sensibilidad de esas generaciones no se ha cerrado. La inteligencia del chileno se mueve espontáneamente en un círculo más amplio y sus exigencias de verdad y de belleza se mantienen vivas debajo de las turbulencias de las luchas políticas y sociales, viva, pero con una vida más bien latente y no muy segura de crecer y desplegarse en las condiciones en que le toca existir. Quizás lo más saludable que pudiera acontecerle hoy es la toma de conciencia de los peligros que la acechan. Esta toma de conciencia, si ha de ser algo, ha de ser justamente la de esos puntos débiles de nuestra complejidad espiritual, y que se han hecho palpables en el transcurso de nuestra historia. Porque, hay que decirlo de una vez, el espíritu de este pueblo permanece ajeno a la naturaleza y al paisaje físico que lo envuelve entre Cordillera y Mar; ajeno también a su propia historia que no parece ni conocer ni admirar; ajeno a su presente y la gama tan extensa de conflictos que lo dividen y de influencias que lo perturban. Sacudir esta falta de conciencia parece tarea ineludible, la única que hará posible en un futuro incierto infundirle un sello propio y una orientación definida a toda la tasa de energía que se esconde en el alma de nuestra nacionalidad.

III. Las consideraciones precedentes han girado alrededor del problema de la asimilación de estructuras mentales, estilos y modelos que preexisten al sujeto hombre en el momento en que irrumpe en la vida. Se ha intentado mostrar cómo, en general, esta asimilación implica por parte de ese sujeto la necesidad de una repetición de lo pensado y proyectado por otros. Obviamente, en este caso que es el del investigador o el artista, cabe hablar de una imitación por parte del que asimila y repite, pero, se trata de una clase de imitación que es connatural a nuestra naturaleza, tan connatural que sólo expresa el hecho genérico de depender de otros en el punto de partida de cualquier actividad racional. El carácter de ser sólo individuos diferenciados de todos los demás genera una dependencia de nuestra vida individual respecto a la vida de otros, dependencia que no se reduce a tal o cual aspecto de esa vida, sino a su totalidad. La asimilación de formas de pensar ya constituidas, ya delineadas en cuanto a su dirección y su desenvolvimiento, lleva a cabo sin esfuerzo esta apropiación de lo producido por otros, para convertirlo en cimentación y fuerza impulsora de nuestra racionalidad. Sin embargo, esta necesidad tan humana de asimilar repitiendo, se topa muy luego en nuestra existencia con el problema nuevo e imprevisto y con la tarea

de responder a su exigencia; ese problema que nos impone la realidad circundante misma cuando en algún punto se vuelve amenazante, o que simplemente nace de la vitalidad sobreabundante de una inteligencia excepcional capaz de hacer nacer problemas, en cierto modo, gratuitos, no impedidos por necesidades biológicas o psicológicas, problemas que aparecen a primera vista como los de un juego que inventa la razón para distraerse y que son los del poeta, los del artista, los del pensador que filosofa. Es en este instante cuando el hombre busca instintivamente fuera de él mismo alguna luz que lo encamine por el territorio incierto que acaba de apercebir. Es aquí donde decimos que está el punto en que su mente quisiera ver dibujarse como en una pantalla los rasgos genéticos de la imagen que necesita, arrancándola de una vez de la oscuridad, de la nada. En el momento de la innovación y del salto hacia adelante, quisiera asegurarse de la precisión y del acierto de su salto, poniendo en claro la representación de un modelo, de un método, de un estilo que ya ha probado en otra circunstancia ser eficaz. Para innovar la mente requiere algo a lo que pueda seguir con la mirada, ese algo que es el modelo, el ejemplo o el arquetipo, y en verdad, puede hallarlo o no hallarlo, y, de hallarlo puede equivocarse su búsqueda y apuntar la vista a lo que ilusoriamente se le aparece como afín. En esta línea, inevitablemente el investigador como el artista corren el riesgo de extraviarse, vale decir, de la tentativa obsesiva e impaciente de imitar lo que es inimitable, o de imitar lo que repugna a la intención de su proyecto original.

Es claro que hemos tenido presente hasta ahora en la relación entre asimilaciones, innovación e imitación a casos determinados de la actividad cultural, a casos, por decirlo así, absolutamente específicos, pero, siempre detrás del hombre que piensa y escribe, detrás del hombre que compone o inventa o detrás del que investiga la naturaleza y la persigue en sus meandros, hay el hombre a secas que quiere hacer de su vida total algo con sentido; al lado de la actividad específica que ejerce hay el modo de vida que debe elegir y en el que esa actividad será sólo una pieza, acaso la pieza más importante, acaso meramente una pieza. En esta perspectiva se replantea otra vez el problema de la reacción entre asimilación, innovación e imitación. Sin embargo, lo que modifica el planteamiento es que en este caso el individuo está expuesto a padecer la influencia de lo ajeno, sin que tenga que enfrentarse claramente a la cuestión de la idoneidad de esa influencia. Los modos ajenos de vida, esos modos prestigiosos por venir de pueblos ricos en tradición y en cultura, nos invaden y subyugan sin necesidad, casi siempre, de practicar elecciones deliberadas. Sin saber cómo, juicios de valores que se extienden del dominio estético al ético, normas de conducta, modas en el vestir, en el hablar y en el gesticular, empiezan a modelar nuestra vida para

bien o para mal, angostando nuestra mirada, dilatándola, aclarándola o alucinándola; y este es, sin duda, el más grave problema que plantea en la actualidad al hombre de este pueblo la invasión de la cultura extranjera, no importa si viene de Europa o de América. Su gravedad se acusa por cuanto parecemos extrañamente indefensos ante esa invasión, sin una vitalidad propia fuertemente acentuada como para discriminar y rechazar lo que es fútil o dégradante en las valorizaciones y ejemplos foráneos.

Quizás nunca en nuestra historia se ha hecho más dificultoso para el hombre de nuestro pueblo, cualquiera que sea el estrato a que pertenece, sustraerse a ese fastuoso y prepotente ropaje de gloria y de suficiencia con que se viste hoy la prosperidad, al confort y al lujo que la acompañan y a esa soberbia de vida que rápidamente genera en los que la alcanzan en alguna medida. Nunca como ahora, pareciera más difícil al hombre de ese pueblo cumplir en sí mismo el imperativo, a la vez simple y profundo, que dice: Llega a ser el que eres.